

PARTE SEGUNDA

LOS PALEÓLOGOS HASTA LA TOMA DE ADRIANÓPOLIS POR LOS OTOMANOS

CAPITULO PRIMERO

EL EMPERADOR MIGUEL VIII. LOS OTOMANOS Y LOS SEKVIOS.

La recuperacion de Constantinopla significó en efecto para los griegos como para los francos y los musulmanes la restauracion completa del imperio bizantino. Aunque faltaba mucho al nuevo imperio para poder compararse con el que existia en el reinado del segundo Comneno, siempre era un motivo de justo orgullo para el pueblo griego el haber tenido la constancia, el espíritu nacional, el valor y la habilidad política representados por la casa de Láscaris, de alcanzar tan gran victoria en tiempo del primer Paleólogo sobre contrarios tan fuertes como la nobleza francesa, la república de Venecia, la Sede romana y el reino epirota. El porvenir del imperio restaurado dependia de la fuerza moral, militar y política que mostrara en adelante para hacer frente á las grandes dificultades que indudablemente se opondrian por todos lados á su marcha, desenvolvimiento y consolidacion. Bajo este punto de vista pronto dió pruebas la restauracion de que el genio bizantino habia producido su última obra y su último hombre grande, y de que este mismo por las condiciones en las cuales luchó necesariamente tenia que preparar la decadencia y ruina final y definitiva del imperio.

Por lo pronto era evidente que el gobierno habia incurrido con la reconquista de Constantinopla y de Laconia en la enemistad irreconciliable y perpetua de las potencias mas poderosas del Occidente. La inicua mutilacion del heredero legítimo del trono de Constantinopla, el jóven Juan IV, convirtió en enemiga mortal del usurpador Miguel VIII á la hermana de Juan, la esposa del czar búlgaro; mientras Guillermo de Acaya tascaba el freno ardiendo en deseos de recuperar la independecia de su principado, teniendo á sus espaldas la altiva nobleza de Francia, y el papa que además simpatizaba con la airada Venecia por la pérdida de su posicion influyente á orillas del Cuerno de Oro. En cuanto al mísero emperador desposeido Balduino II no tardó Miguel VIII en convencerse de las inesperadas fuerzas que en su desgracia pudo arrojar al camino de su odiado vencedor cismático. Si Miguel hubiese sabido despertar y levantar el espíritu nacional griego en toda su fuerza, regenerar moralmente al pueblo y promover enérgicamente su bienestar, acaso habria sido posible salvar todas las dificultades. Entonces la fuerza y el empuje del imperio habrian llegado á ser irresistibles, porque la poblacion entera desde los valles escabrosos de la Iliria hasta la frontera oriental en el Asia Menor estaba entonces completamente grecizada; el idioma, las costumbres y los intereses sociales eran griegos; y como griegos sentian y procedian todos los súbditos de Miguel Paleólogo sin exceptuar los innumerables elementos extraños que la raza griega habia absorbido y sabido asimilarse. La

dura y tenaz lucha contra los dominadores francos que al Norte de las Termópilas solo habian sido para los bizantinos destructores de su riqueza y de su culto, habia excitado poderosamente el sentimiento nacional griego y unido estrechamente al pueblo con el trono imperial. Teodoro I Láscaris, y mas todavía Vataces habian sabido utilizar su poder absoluto en bien de todas las partes de su imperio, fomentando el vigor y la actividad del pueblo, distribuyendo al propio tiempo sábiamente las cargas públicas. Siguiendo este camino se habria probablemente cimentado sólidamente el porvenir á que tenia derecho el mundo griego; es decir cuidando solícitamente la administracion recta de la justicia, desarrollando y fomentando el espíritu municipal griego hasta donde era compatible con la unidad nacional, y admitiendo prudentemente lo que hubieran ofrecido de útil y aplicable las instituciones del mundo occidental.

Desgraciadamente no entró el imperio restaurado en este camino. Impidiólo por lo pronto ya en 1262 una sublevacion general de la poblacion rural y de las milicias montañesas de Bitinia á favor del infortunado Juan IV, resultando una guerra civil feroz que destruyó para siempre la prosperidad y fuerza militar de esta hermosa provincia. Mas todavía perjudicó al imperio el mismo emperador, con su empeño de restaurar todo lo antiguo en toda su pureza. Miguel VIII fué en todos conceptos el representante genuino de todos sus contemporáneos griegos, cuyo odio á los occidentales era tan profundo, como grande su orgullo por haberlos vencido. Así el autócrata lo mismo que sus súbditos encontraban la mayor satisfaccion en recargar y exagerar el contraste entre el genio griego y el extranjero, procurando solo restablecer el imperio antiguo en todas sus cualidades características. Una sola cosa introducida por los occidentales no consiguieron desarraigar, que fué el feudalismo, porque la alta aristocracia le habia cobrado aficion, y el gobierno lo utilizó en sus maniobras políticas. Esto condujo al emperador y á sus sucesores á apoyarse mas que los emperadores bizantinos antiguos sobre el poder de la Iglesia, tan compacto, tan centralizado y tan centralizador, lo cual redundó á su vez en favor del clero que ensanchó sus privilegios administrativos y jurídicos. En cambio el clero se mostró mas incapaz y mas impotente que en el imperio antiguo para combatir y desarraigar eficazmente la corrupcion que se habia apoderado de la sociedad bizantina. Los bizantinos habian conservado vivos sus rasgos siniestros propios antiguos hasta en las regiones mas elevadas, como sus supersticiones malignas y su crueldad feroz á pesar de su educacion elegante é instruccion notable que distinguian como antes á las altas clases. En vano el anciano patriarca Arsenio trató de imponer al emperador una severa penitencia en nombre de la religion por la iniquidad cometida en la persona de Juan IV; el clero no le apoyó, y en cambio mostró en otro concepto su espíritu bizanti-

no fanático, á saber, en el particularismo cismático griego. La brutal persecucion contra la Iglesia griega por parte de los invasores occidentales no habia hecho mas que aferrar á los bizantinos á su Iglesia, tanto que apenas restaurado el imperio resucitó tambien la pasion por las cuestiones teológicas que llegó á ser con el tiempo mas violenta en aquella nacion que en la época de los iconoclastas. Esto aumentó hasta el fanatismo el odio del pueblo bizantino á todos los occidentales y á Roma, odio que destruyó en adelante todas las tentativas de los emperadores para llegar á un arreglo cualquiera con el pontificado.

A todos estos obstáculos invencibles se agregó la influencia de la capital que dominó poco á poco los demás intereses y fué funesta para el porvenir del imperio. Ya en el reinado de Manuel Comneno, y mas todavía en tiempo de los Angelos se habian empezado á tocar las consecuencias fatales de la preponderancia mercantil y política de la vasta metrópolis que todo lo devoraba y absorbía y todo lo dominaba. Por desgracia no eran los emperadores Paleólogos hombres capaces de aminorar este mal tan grave. Era por supuesto natural que al principio se emplearan todos los medios para restablecer el antiguo lustre de Constantinopla y que se llamaran inmigrantes griegos de todas las provincias y en especial de aquellas que estaban todavía bajo el dominio de los francos, con lo cual se consiguió efectivamente hacer de la capital una ciudad mas específicamente griega durante los dos siglos que siguieron la restauracion que lo que habia sido nunca antes ni lo fué despues; pero el mal fué que en la renovacion de las grandezas monumentales se gastaron rios de oro, con lo cual el gobierno entró en la corriente peligrosa de dejarse absorber por los intereses de la capital en perjuicio de las provincias mucho antes de hundirse estas en la sima abierta por el torbellino turco.

Ya hemos dicho que el fundador de la nueva dinastía, el emperador Miguel VIII, á pesar de sus cualidades indudablemente eminentes, no era hombre capaz de iniciar con buen éxito reformas trascendentales. Su mayor mérito consistió en su pericia y actividad militares, y en su diplomacia sutil, y no puede negarse que bajo estos dos puntos de vista realizó cosas grandes con los limitados medios de que disponia en frente de tantos y tan peligrosos enemigos como los que rodeaban su imperio desde Tirnova hasta Creta; pero fué completamente inepto ó desgraciado en la administracion económica de su imperio, aun prescindiendo de que el tesoro acumulado á fuerza de prudentes economías por sus predecesores fué devorado por las consecuencias inexorables del crimen cometido en la persona de Juan IV, por la necesidad de ganar á las tropas, á la nobleza, al clero y al pueblo por el coste de las nuevas construcciones y por los gastos de la nueva política. Esta dió lugar á conspiraciones y odios, que hicieron de Miguel Paleólogo, antes del crimen tan franco, noble, elevado y arrojado, un déspota suspicaz y empedernido. No poseyendo el arte económico de Vataces, hubo de caer en los errores del antiguo sistema fiscal, tan duro como ruinoso. La honradez de los gobiernos tocante á la buena ley y peso de las monedas de oro se habia conservado incólume desde Constantino el Grande hasta el último Comneno; pero ya en tiempo de los Angelos las monedas se habian alterado en los dos conceptos, y el mismo Vataces llegó á acuñar sus monedas con un tercio de aleacion. Miguel Paleólogo fué mas léjos en esta senda: sus monedas de oro tienen 9 partes de aleacion por 15 de oro: proporcion que rebajó todavía mas su sucesor Andrónico que acuñó sus monedas de una mezcla de 14 partes de oro fino y 10 de aleacion, y acabó por hacerlas mitad por mitad de oro y aleacion; siguiendo en esto por lo demás la corriente gene-

ral porque otros soberanos, como Cárlos de Anjou hacian lo mismo y aun peor.

No obstante todos estos defectos y errores es innegable que durante el reinado de Miguel VIII respiró el mundo bizantino un aura vivificadora que le hizo sostener la ofensiva contra sus enemigos en la península balcánica hasta que la casa de Anjou se presentó como enemiga de los Paleólogos.

Guillermo de Acaya, puesto de acuerdo en mayo de 1262 con la república de Venecia, y con el papa, rasgó el convenio que habia hecho con Miguel VIII, con lo cual se anticipó á los deseos de este emperador, el cual á principios del año siguiente abrió simultáneamente las hostilidades de un lado contra los epirotas para someterlos definitivamente de cuya empresa encargó á su hermano Juan, y de otro lado contra los barones franceses para expulsarlos de la Morea. Para esta campaña nombró general en jefe á Constantino, otro hermano suyo que comenzó sus operaciones desde Monembasia. Constantino, afortunado al principio, fué derrotado despues cerca de la aldea de Priniza á orillas del Rufia, el Alfeo de los antiguos, á cuya desgracia se agregó la traicion de los mercenarios seldyúidas que se pasaron á los franceses. El resto de la campaña no tuvo mas resultado que la devastacion sistemática de la Morea interior tan rica y floreciente entonces, y la guerra fronteriza casi permanente entre el imperio y los barones franceses.

La campaña contra los epirotas tuvo mejor éxito; el príncipe epirota Miguel II se sometió en 1265 al emperador, le cedió á Janina, y consintió en el casamiento de su hijo Nicéforo I que le sucedió en el trono del principado en 1271, con la sobrina del emperador, la enérgica Ana Cantacucena.

En el mismo año 1265 estuvo Miguel VIII á punto de reconciliarse, con gran sorpresa de los no iniciados, con la república de Venecia; y si no llegó á realizarse el proyecto de reconciliacion no fué por culpa del emperador, que desde un principio deliberadamente se habia abstenido de llevar su condescendencia con la república de Génova tan léjos como esta deseaba. En efecto, ni quiso sacrificar ni abandonar á la venganza de los genoveses á los muchos artesanos y comerciantes venecianos que habian permanecido en el imperio desde 1261, y que industriosos como eran pagaban sus impuestos, eran útiles y constituían como los judíos una especie de contrapeso, á los genoveses que inundaban todas las provincias. Por esto les conservó tambien su exencion de derechos de entrada y salida y sus buenas factorías, cuidando solamente de que en Constantinopla no se tocasen los terrenos de unos italianos con otros para evitar colisiones. A pesar de estas precauciones, repetidas veces los genoveses se lanzaron con salvaje furor sobre sus competidores; conducta que disgustó al emperador tanto mas, cuanto que las escuadras genovesas que como fuerzas aliadas debian auxiliar á la bizantina no supieron resistir á los buques de guerra que la República de Venecia envió al Mar Egeo, y se dejaron derrotar al fin completamente en una batalla naval cerca de la isla de Settepozzi al Sur de Spezzia. Lo peor fué que el podestá de la colonia genovesa en Constantinopla, Guillermo Guercio, se dejó sobornar en 1264 por el emperador desposeido Balduino II que se habia aliado con el rey Manfredo de Sicilia contra Miguel Paleólogo, y conspiró para entregar la capital del imperio otra vez á los occidentales. La conspiracion fué descubierta, y Miguel VIII expulsó por lo pronto á todos los italianos de su capital; obligó á los genoveses, sin hacer caso de su gobierno, á trasladar su factoría á Heraclia cerca de Rodosto, y entró en negociaciones con Venecia.

La república veneciana se hallaba entonces muy alarmada por el temor que le inspiraba la política papal que á la sazón

disponia de tronos y países, y acababa de excitar al fanático conde de Provenza, Carlos de Anjou y del Maine á apoderarse de la Italia meridional. Sin embargo, á pesar de estos temores el dux Raniero Zeno no se atrevió á ratificar el convenio, muy favorable á Venecia y expresamente hostil á los genoveses, que entre los embajadores del dux y el gobierno bizantino se había redactado en 8 de julio de 1265. El dux preveía entonces evidentemente un cambio total en Constantinopla y no quería ligar la república por largos períodos con un poder tan poco sólido como el de Miguel VIII. La alianza quedó pues en proyecto.

Mas afortunado fué el emperador con los búlgaros. El czar Constantino, aunque ocupado constantemente en una guerra fronteriza con la Hungría, cediendo á las instancias de su esposa Irene, hermana de Juan IV cegado por orden de Miguel Paleólogo, había invadido la Macedonia hasta Prilep y Scopie, y la Tracia hasta mas allá de Stenimaco y Anquialo. El emperador salió al encuentro del invasor y le rechazó hasta mas allá de los Balcanes, sin llegar con todo á un arreglo. El czar continuó las hostilidades devastando la Tracia hasta donde pudo con el auxilio de los tártaros de la Rusia meridional, que eran maestros en el arte de asolar países. En Italia habíase efectuado entre tanto un gran cambio político que durante muchas generaciones tuvo una influencia funesta sobre la península balcánica y empeoró la posición de Miguel VIII hasta su muerte. La causa fué Carlos de Anjou, carácter repugnante pero grande como hombre de Estado y general de talento el cual en 1266 había acabado con el dominio de Manfredo de Hohenstaufen en la Italia meridional, y creado en su lugar por segunda vez un imperio francés sobre bases mucho mas sólidas que el de los aventureros normandos. La política del nuevo conquistador no tardó en dirigirse también contra el imperio bizantino, y Miguel VIII no tardó en convencerse de que este Carlos de Anjou era un adversario muchísimo mas temible que Manfredo. El autor de esta nueva complicación fué el emperador expulsado Balduino II, que había seguido impertérrito concediendo comarcas tras comarcas de su perdido imperio á magnates franceses para que le ayudasen á reconquistarlo, y finalmente auxiliado por el papa Clemente IV hizo un convenio con Carlos de Anjou en 27 de mayo de 1267 en Viterbo que fué ratificado en 7 de julio en Montefiascone, y que se dirigía contra los bizantinos. Por este convenio Balduino concedió á Carlos de Anjou, que estaba ya resuelto á hacer valer como sucesor de Manfredo las pretensiones de este sobre el Epiro, la soberanía del principado de Acaya; de suerte que los barones francos establecidos en Grecia resultaban dependientes hasta cierto grado, aunque no súbditos, del nuevo rey de Nápoles, al cual ayudó en 23 de agosto de 1268 el príncipe Guillermo de Acaya con la flor de la caballería francesa de Morea, 400 hombres, para alcanzar la victoria sobre Conradino cerca de Tagliacozzo.

Este nuevo peligro ocupó en adelante todas las fuerzas de Miguel VIII; pero supo luchar contra él con grandísima destreza diplomática. Mientras negociaba con la sede romana dilatoriamente, restableció en 1267 buenas relaciones con la república de Génova en cuya consecuencia regresó la colonia genovesa de Heraclea al Bósforo, donde se le destinó el arrabal de Galata á orillas del Cuerno de Oro despues de arrasar la ciudadela. Pronto acudieron y se fijaron allí tan gran número de genoveses, que no tardaron en extender su comercio por las aguas y costas septentrionales de Levante mucho mas que los venecianos. Desde entonces no se turbó mas la buena inteligencia entre la república ligúrica y el emperador, que tampoco toleró ninguna exlimitación de los genoveses. A la protección de Miguel VIII Paleólogo debió la

familia Zaccaria de Génova su posterior importancia en la historia de Levante, porque este monarca cedió en 1275 la ciudad de Focea en la Jonia, cuyos inmensos criaderos de alumbre proporcionaron riquezas inmensas á Zaccaria. En efecto, estas minas no tenían entonces mas competencia que las minas de Ponto que embarcaban sus productos en Ceraso al Oeste de Sínope en la costa meridional del Mar Negro. Las buenas relaciones con Génova fueron causa de que el convenio entre el gobierno bizantino y la república de Venecia, hecho en 1268 para cinco años, no fuese tan ventajoso para esta última como lo había ofrecido el emperador tres años antes con notable postergación de los genoveses; ni concedió á los venecianos barrios en propiedad en las ciudades del imperio sino solamente en alquiler. Por otra disposición prohibió Miguel VIII á las potencias marítimas italianas hostilizarse en el Mar Negro, ni en el Bósforo ni en los Dardanelos; lo cual facilitó la paz entre Venecia y Génova, que se firmó en 1270.

Entre tanto había ido arrojando el peligro por la parte de Nápoles, cuyo nuevo soberano, Carlos de Anjou, á medida que se había ido consolidando, había echado sus garras á la parte occidental del imperio bizantino, resuelto á crearse allí una base militar y política fuerte para sus proyectos ulteriores. A principios del año 1267 había apoderado ya de la isla de Corfú, y desde la muerte de Miguel II de Epiro ocurrida en 1271, fué extendiendo su autoridad visiblemente también en la tierra firme consiguiendo que en este mismo año le reconociesen por soberano los jefes de los albaneses católico-romanos. Al año siguiente, 1272, ocupó Durazzo, y en 1273 le prestaron homenaje los albaneses de Berat. Mas progresos habría hecho en aquella parte, si sus encargados y empleados hubiesen sabido tratar con mayor tacto á los albaneses, y no les hubiesen querido imponer el culto católico á la fuerza; con lo cual arrojaron á muchas tribus albanesas independientes en brazos del emperador Miguel VIII cuando se presentó con un ejército delante de Janina.

Grande fué la inquietud del emperador cuando vió que Carlos de Anjou iba ganando las simpatías de los serbios y de muchos búlgaros que en su tiempo habían ofrecido también su apoyo y cooperación al emperador Federico II de Alemania cuando su expedición contra los sarracenos. Desde el año 1271 eran muy activas y amistosas las relaciones entre las cortes de Novibazar, Tirnova y Nápoles, y muchos eslavos meridionales se alistaron en el ejército de Carlos. Elena, esposa del rey Estéban Uroch I de Serbia, como hija de Balduino II, atizaba el fuego contra el Paleólogo, y la influencia que esta mujer ejerció primero sobre su esposo y luego sobre sus dos hijos Dragutin y Milutin cuando sucedieron á su padre fué muy grande.

En cambio Miguel VIII logró ponerse en buenas relaciones con los búlgaros en el tiempo de mayor peligro, y embotar su fuerza despues. Habiendo fallecido en 1270 su enemiga mortal Irene Láscaris, hermana de Juan IV y esposa de Constantino rey de Bulgaria, supo manejarse de tal modo, que logró casar con el viudo á su sobrina la princesa María Paleólogo, hija de su hermana Eulogia (1272), prometiéndole en dote la devolución de las ciudades de Anquialo y Mesembria á la corona búlgara. Sin embargo, tan luego como vió que el peligro de la parte de Nápoles desaparecía, por el momento se consideró libre de cumplir su promesa, y para tener en jaque á los búlgaros indignados, hizo alianza con Nogai, khan ó jefe de la horda de oro de los tártaros. Los búlgaros despues, á contar del año 1277, gastaron su fuerza en grandes conflictos interiores.

En cambio los serbios, aunque el emperador hizo grandes esfuerzos para ganar su voluntad, le declararon la guerra y

en 1272 empezaron las hostilidades, ocupando la cuenca superior del Vardar y la plaza de Scopie. En el mismo año consiguió evadirse de su prisión el ciego Juan IV y ponerse bajo la protección de Carlos de Anjou que le alojó en Foggia en la Pulla. Al año siguiente espiró el convenio celebrado entre el gobierno imperial y Venecia; los corsarios venecianos volvieron á inquietar el Mar Egeo y la república amenazaba seriamente asociarse con el rey de Nápoles contra el imperio. En tan grave situación Miguel VIII dió un golpe capital y atrevidísimo. Dejó todos los subterfugios dilatorios é impulsó las negociaciones pendientes con la sede romana con tanta decisión que el papa Gregorio X, elegido el 27 de marzo de 1272, hizo suspender las hostilidades á las potencias italianas enemigas de Miguel VIII. Los embajadores bizantinos, entre ellos el gran canceller Acropolita, en el concilio ecuménico de Lyon en 6 de julio de 1274 hicieron solemne profesión de fe segun el rito católico romano y juraron en nombre del emperador estar dispuestos á reconocer la supremacía del papa. Con esto consiguió Miguel VIII además de la suspensión de las hostilidades la aprobación tácita del papa para sus disposiciones tocantes á la iglesia de Serbia y á la de Bulgaria que tenían sus centros respectivos en Ipek y Tirnova, cuya autonomía habían reconocido los gobiernos bizantinos en 1219 y 1235. A pesar de estos reconocimientos, el emperador Miguel había restaurado por un decreto de 1272 el patriarcado grecoizado de Acrida como había estado en 1020; y solicitó del papa el restablecimiento de la llamada *iglesia justiniana* de Acrida cuya jurisdicción se extendía sobre los territorios de Serbia y Bulgaria.

Era esta política religiosa con sus grandes concesiones al papado, un recurso desesperado, un juego peligroso; porque apenas bastaba para asegurar al emperador la paz exterior, mientras en el interior excitaba contra sí el odio apasionado del clero y del pueblo, irritados ya por la destitución, decretada en el año 1266 bajo pretextos fútiles, del patriarca Arsenio que no quería levantar la excomunion que había pronunciado contra el emperador por haber hecho cegar á Juan IV, hasta que le restituyera la púrpura imperial usurpada. El partido del patriarca y de consiguiente de Juan era poderoso y había organizado ya algunas conspiraciones aunque sin éxito; y cuando Miguel quiso realizar la union de las dos Iglesias rivales sometiendo la griega á Roma, se encontró con la resistencia mas obstinada. Esta obstinación le obligó á recurrir á medidas coercitivas, las cuales aumentaron el número de sus enemigos en el interior; y muchos griegos se trasladaron á Trebisonda, Neopatras y Arta, cuyos soberanos, de la familia de los Angelos, se apresuraron á declararse defensores celosos de la Iglesia griega. La misma hermana del emperador, la princesa Eulogia, riñó con él y conspiró con su hija la zarina de Bulgaria. Mucho aumentó la irritación de la población de la capital, cuando el patriarca José que ocupaba su alto puesto desde 28 de diciembre de 1266, fué separado en 1274 por ser contrario á la union, y sustituido por Vecco. El nuevo patriarca adicto al emperador convocó un sínodo que fué bastante servil para excomulgar á los adversarios de la union, pero Vecco, á pesar de su fama de sabio y virtuoso, y de la grandísima consideración que hasta entonces había gozado, no adelantó gran cosa en la obra difícil de la union de las dos Iglesias.

Todas estas dificultades no impidieron que el gobierno imperial extendiera paso á paso su poder por el Mediodía de la península y sostuviera la lucha contra el príncipe Miguel de Epiro y Carlos de Anjou en toda la línea desde la Albania hasta las islas Cícladas y esporadas mas meridionales. Poco adelantaron las armas bizantinas en la Morea contra Guillermo de Acaya. Este había casado en 1271 su hija María

con Felipe, hijo segundo del rey Carlos de Nápoles, y Carlos le facilitó poderosos auxilios.

En cambio fué notable el éxito que el imperio alcanzó en Negroponto y en las islas del Mar Egeo. En la primera se pasó al partido del emperador el caballero italiano Licario de Caristo, natural de Vicenza, que entregó á Miguel VIII, para vengarse de la familia Carceri, dominante en su isla, su castillo de Anemófilas cerca de Caristo, y trabajó desde entonces en union con el emperador activamente en la ruina de los señores italianos de las islas.

La guerra tomó proporciones imponentes en el año 1275. El emperador emprendió entonces con sus dos grandes ejércitos simultáneamente dos campañas, una contra Durazzo, y otra contra el duque Juan Angelos, hijo de Miguel II de Epiro, en Tesalia, que á su vez y no obstante haberse declarado defensor acérrimo de la religion ortodoxa griega, buscó la protección de los soberanos francos en Grecia, despues de haber ya entrado en 1273 en negociaciones con el rey de Nápoles para facilitar á los fabricantes de sederías de Tesalia la venta de sus productos en la Italia meridional. El duque de Atenas, Juan I, que en 1263 sucedió á su padre Guido I, y reinó hasta 1280, destruyó en Tesalia en 1275 con sus valientes franceses el gran ejército imperial, compuesto en su mayor parte de mercenarios seldyúcidas, y mandado por el hermano del emperador, el príncipe Juan Paleólogo. Al tener noticia de esta victoria de los franceses el soberano de Epiro, Nicéforo, dejó sus escrúpulos y prestó solemne homenaje de vasallo en 1276 al rey de Nápoles.

Juan Paleólogo lavó la mancha de su derrota con una gran victoria naval que alcanzó cerca de Demetria sobre la escuadra negropontina. Esta victoria fué el principio de una guerra que durante algunos años hicieron con creciente éxito los almirantes bizantinos Licario y Filantropeno á los soberanos de Negroponto y de otras islas del Mar Egeo. Al propio tiempo organizóse una guerra de corso entre armadores griegos de Taso, Escopelo, Rodas, Aneas, Salónica y Monembasia, con capitanes arrojados, como Juan Senserazon y Juan de lo Cavo de Anafe y otros corsarios genoveses por una parte y por otra los corsarios venecianos y franceses, entre los cuales se ingirieron un sin número de corsarios intrusos que izando tan pronto una bandera como otra hicieron su agosto sorprendiendo y robando sin distincion buques y poblaciones marítimas de todos los partidos. Esta guerra creó un personal de marina, marineros y jefes, excelente, personal que despues fué muy solicitado por las respectivas marinas regulares.

La república de Venecia para salvar sus posesiones en Negroponto y Creta prefirió en 1277 hacer la paz con Miguel VIII, el cual concedió al comercio algunas ventajas mas, entre ellas un territorio aunque reducido para una factoría en Constantinopla y Salónica, pero las relaciones de Venecia con el emperador no llegaron á ser tan íntimas y amistosas como las de la república de Génova cuyos representantes también disfrutaban de mayores honores en las recepciones de la corte.

En 1.º de mayo de 1278 murió en Calamata el adalid mas esforzado entre todos los franceses establecidos en Grecia, el príncipe Guillermo de Acaya; y habiéndole precedido el año antes su yerno Felipe, hijo del rey de Nápoles, heredó este la Morea. Este país, gobernado por un lugarteniente, y falto ya de la enérgica dirección del difunto Guillermo, fué muy pronto teatro de interminables guerras con el imperio y de la anarquía feudal.

Una cosa análoga sucedió en la Bulgaria á la muerte del czar Constantino ocurrida en un encuentro que tuvo en 1277 con una partida de sublevados mandados por un tal Ivailo